

ESCANDALO

El término escándalo traduce o, mejor, transcribe a través del latín el vocablo bíblico τὸ σκάνδαλον, que deriva de τὸ σκανδάλητρον y que primeramente significa el palo clave de una trampa, luego la trampa misma y, finalmente, en un sentido metafórico, viene a designar todo lo que impulsa a algo, todo lo que hace caer. La mayoría de las veces el impulso es hacia el mal, pero la Escritura conoce también el impulso hacia algo positivo.

1. En el AT, la palabra aparece usada en un sentido muy cercano al significado original: por ejemplo, cuando el salmista pide a Dios que le libre del «lazo» y de las «asechanzas de los malvados» (LXX, Sal 140,9); o cuando en 1 Mac 5,4 se dice de los hijos de Bayán que se convirtieron en «lazos y trampas para el pueblo, preparándole emboscadas en los caminos». La palabra entraña ya un contenido teológico cuando se aconseja a → Israel que no se mezcle con las gentes del país que no han sido exterminadas, para que no le sirvan de «lazo y de trampa» (Jos 23,13). Según Is 8,14, el mismo Yahvé vendrá a ser «piedra de escándalo y roca de tropiezo para las dos casas de Israel, y lazo y red para los habitantes de Jerusalén», porque no quieren reconocer la inminente presencia de Dios que viene a juzgar. Pero la palabra aparece también con el significado más amplio de «incitación al → pecado»: los ídolos paganos se convierten «en escándalo» para las almas de los hombres y «en lazo» para los pies de los necios (Sab 14,11); el oro es para los israelitas un medio de incitación al pecado (Ez 7,19); el Eclesiástico

(27,23) habla de «expresiones escandalosas» y Sofonías (1,3) anuncia que Dios quiere exterminar «los escándalos-tropiezos junto con los impíos».

2. En el NT ocupa el punto central no el escándalo que procede del hombre, sino *el que Dios pone al hombre*. Dios viene a servir de tropiezo y escándalo al hombre, porque los caminos de su salvación siguen derroteros completamente distintos de los que imagina y espera el hombre. Donde con mayor claridad aparece esta divergencia es en la vida y la obra de Jesús, el Salvador enviado por Dios (→ Jesucristo). Ya el anciano Simeón anuncia que éste había sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel (Lc 2,34). La actividad mesiánica de Jesús está en abierta contradicción con lo que el pueblo esperaba del Mesías. Juan el Bautista siente dudas al ver que Jesús se mueve entre el pueblo remediando dolencias y curando enfermedades, pero no realiza un juicio enérgico ni lleva a cabo la separación de pecadores y justos (Mt 11,2-6 y par.). En Nazaret las gentes no quieren comprender que «el carpintero, hijo de María», nacido en medio de ellos, pueda poseer aquella → sabiduría y aquel poder de hacer milagros (Mc 6, 1-6 y par.). El origen humilde de Jesús, cuyos familiares viven en su misma aldea, es para ellos y para otros (cf. Jn 7,27.41s) un escándalo invencible. Cuando Jesús se extraña de la «falta de fe» de sus paisanos (Mc 6,6), alude indudablemente al hecho de que el tropiezo que constituye su persona sólo puede ser superado mediante una → fe incondicional. Los fariseos se escandalizan de la crítica que Jesús hace a su religiosidad y de la postura que adopta frente a la → Ley (Mt 15,12); refiriéndose a los jerarcas del pueblo, se aplica a sí mismo el pasaje del profeta que habla de la piedra que machaca todo lo que se le opone (Lc 20,18s; cf. Is 8,14; Dn 2,34s). Pero el mayor escándalo es el creado por la *cruz*. Cuando Jesús habla por primera vez de su → muerte violenta, el primero de los discípulos quiere cerrarle el paso, convirtiéndose así en escándalo diabólico para su Maestro, ya que no piensa «las cosas de Dios, sino las de los hombres» (Mt 16,21-23). Si la renuncia de Jesús a todo → poder exterior es algo incomprensible para los judíos (cf. Jn 6,14s), la pasión viene a manifestar a un Mesías que incluso para los discípulos es la perfecta antítesis del Mesías, y no tiene nada de extraño que todos, como había sido anunciado (Mc 14,27 y par.), huyan en el momento decisivo (Mc 14,50 y par.).

En su → predicación, Jesús previene con insistencia contra el *escándalo que lleva al abandono de la fe*. Al que sirve de escándalo a uno de los pequeños y humildes que creen en Jesús le sería mejor que le atasen al cuello una piedra de molino y lo arrojasen al fondo del mar (Mt 18,6 y par.). Es necesario e inevitable que los discípulos encuentren escándalos, porque así lo exige la condición de este → mundo (Mt 18,7). Pero sobre el que lo provoca pesa una terrible maldición (Lc 17,1), y al discípulo se le amonesta a que conserve su fe y persevere en la tribulación y en la persecución por causa de la palabra (Mt 13,21 y par.). Porque el escándalo tiene su origen no sólo en el que incita, sino también en el incitado, y por eso puede Jesús amonestar a no desfallecer en la → tentación. En el tiempo final, el tiempo de la

tribulación escatológica, los escándalos se multiplicarán, de modo que muchos vendrán a caer (Mc 13,5s y par.). Los escándalos serán causados por el engaño y la angustia (Mc 13,5-8), la persecución y el odio (13,9-13), grandes tribulaciones provocadas por agentes externos (13,14-20) y, no en último lugar, por la aparición del anticristo (2 Tes 2,8-12; Ap 13). Hasta que no vuelva el Hijo de Hombre para juzgar (→ juicio) y ordene a sus → ángeles que reúnan y castiguen «todos los escándalos y obradores de iniquidad», el escándalo seguirá existiendo en el mundo (Mt 13,41). Jesús ve también el *escándalo moral* en el contexto de un peligro para la salvación. Los miembros del cuerpo pueden ser causa de tentación para el hombre, provocando así su ruina (Mc 9,43-47 y par.); faltas graves de carácter moral pueden destruir la vida religiosa del hombre. Las expresiones «cortar la mano o el pie», «arrancar el ojo» pretenden hacer ver que el hombre ha de estar dispuesto a una dura y decidida renuncia para no poner en peligro su → salvación eterna.

En el *Evangelio de Juan*, el escándalo —en sus dos aspectos de provocado y sufrido— se condensa en el hecho de que el Logos divino se hace carne y que un hombre, cuya vida acaba en la cruz, reivindica el título de divino dador de la vida. Los múltiples casos en que Jesús no es comprendido (3, 4,10; 4,11s; 7,35s; 8,27) o se le exige una justificación (2,18; 6,30; 7,4. 42) manifiestan de modo impresionante que la → revelación es un escándalo. El que Jesús sepa «por sí mismo» que los judíos murmuran de sus palabras (6,61) da a entender, en el pensamiento del evangelista, que el provocar escándalo pertenece a la esencia de la revelación. El escándalo ante la → palabra se prolonga y alcanza su plenitud en la cruz (6,62). Este escándalo se da porque el hombre persiste en poner su mirada en lo exterior, en la σάρξ, y no supera a la σάρξ en la fe (6,63). Sólo los ojos de la fe pueden descubrir la → gloria (δόξα) que se esconde tras el velo de la σάρξ. Las palabras de Jesús resultan un escándalo para el no creyente, porque ve hablar en ellas a un hombre que pretende «igualarse a Dios» (5,18). Sólo el que cree que en la palabra de Jesús viene a su encuentro Dios experimenta cómo las palabras de Jesús son «espíritu y → vida» (6,63). El escándalo aparece también en el grupo de los discípulos (6,60), entre los que «habían creído en él» (8, 31ss), y provoca la gran decisión dentro de los íntimos (6,60-71). El discípulo ha de acreditarse como «verdadero discípulo» «permaneciendo» en la palabra de Jesús (8,31). Este principio es válido también para cuando Jesús se haya ausentado de la tierra, pues entonces, como él mismo anunció, los discípulos sufrirán violencia y serán expulsados de la sinagoga. Jesús se lo anuncia de antemano para que no padezcan escándalo (16,1; → imitación).

Pablo, con su mensaje del «escándalo de la cruz» (Gál 5,11), recoge este tema de los evangelios y lo adapta a sus situaciones. El Apóstol vive para predicar a Cristo, a Cristo crucificado, a pesar de que sabe que esta predicación es «escándalo para los judíos» y «locura para los gentiles» (1 Cor 1,23). Los judíos, en efecto, piden signos, pruebas visibles de → poder mesiánico, y así, el Mesías crucificado, destituido de todo poder, viene a ser para ellos «piedra de tropiezo y roca de escándalo» (Rom 9,33; cf. 11,9;

1 Pe 2,8). Los gentiles quieren sabiduría, conocimientos que enriquezcan su saber y encajen en su visión del mundo. Creer en un «maestro clavado a una cruz» (cf. Orígenes, *Contr. Cels.*, 6,34), en un «sofista empalado» (cf. Luciano, *De Morte Peregrini*, 13), no tiene para ellos sentido. Pero Pablo sabe que Dios quiere destruir mediante la cruz toda pretensión jactanciosa de los hombres (1 Cor, 1,29): la altanería de los judíos, que presumen de pueblo elegido y, apoyados en la observancia de su Ley, creen poder sentirse seguros ante Dios, y el orgullo intelectual de los griegos. El escándalo de la cruz sólo puede ser superado en la fe, pues para el creyente, judío o gentil, la cruz es «fuerza y → sabiduría de Dios» (1 Cor 1,24), Cristo viene a ser «sabiduría, → justicia, salvación y → redención» de parte de Dios (1,30). En Gál 5,11, el Apóstol hace ver en sí mismo cómo el escándalo de la cruz actúa y debe actuar siempre en la existencia del cristiano. Predicadores judaizantes, que ponen su confianza en la carne, quieren colocar la circuncisión junto a la cruz y quitar así a ésta el valor de medio exclusivo y signo de la → salvación. Y hacen esto por vanagloria y para rehuir la persecución de parte de los judíos (cf. Gál 6,12-14). Pero Pablo mantiene con energía frente a ellos que no puede eliminarse el «escándalo de la cruz». La predicación cristiana no puede desfigurar los caminos de la gracia, aunque constituyan escándalo para los hombres; ni atarse de modo servil al gusto del oyente, aunque por ello el predicador deba sufrir persecuciones y molestias. El Apóstol, por su parte, no sólo está dispuesto a mantenerse fiel a la cruz, sino también a gloriarse de la cruz, pues por la cruz el mundo está crucificado para él y él está crucificado para el mundo (6,14).

3. La *vida de la comunidad cristiana primitiva* hace aparecer un significado nuevo del término escándalo: «inducir a alguien al pecado». Pablo recomienda a los Corintios que tengan consideración con los débiles. Para éstos puede constituir escándalo el ver a algunos de sus hermanos en la fe asistir en los templos paganos a los banquetes sacrificiales. Aunque Pablo sabe que «no es la comida lo que nos hace aceptos a Dios», ordena no participar en los banquetes de los templos a fin de no crear confusión al hermano de → conciencia débil. Para el que es todavía incapaz de distinguir, el ejemplo se convierte en ocasión de caída; por eso el que lo da comete un grave delito contra él y contra Cristo, que murió también por él (cf. 1 Cor 8,1-13). En la carta a los Romanos, en un caso semejante, el Apóstol recomienda no juzgar, sino poner atención para «no servir de tropiezo o escándalo al hermano» (14,13; cf. 21). Repetidas veces apoya con pasión los derechos de los que padecen escándalo (cf. 2 Cor 11,29; 1 Cor 8,13), dando a entender con ello cuánto interés tiene en que desaparezcan de sus comunidades toda clase de escándalos y agentes desviadores, sobre todo los que pueden llevar a la apostasía (Rom 16,17; cf. Ap 2,14). El «escándalo» de que habla 1 Jn 2,10 probablemente se refiere también a lo que lleva al pecado.

4. En la evolución posterior a que llega la *teología moral* domina también, por lo que se refiere a la palabra «escándalo», el sentido de impulso,

ocasión que provoca el pecado. Un escándalo suscita ira, indignación, porque causa un daño moral, espiritual o material: «*praebens occasionem ruinae*» (Jerónimo, *In Mt.*, 1,2; 15,12). Se distinguen diversas formas de escándalo: el escándalo activo, que consiste en causar escándalo, y el escándalo pasivo, que consiste en padecer escándalo. Escándalo directo es el que va dirigido intencionadamente al acto pecaminoso, y se le llama escándalo diabólico cuando tiene su origen en el placer de la acción mala. El escándalo indirecto brota de una actitud negligente que, aun previendo la posibilidad de que se produzca un daño, por irreflexión o descuido deja que éste se produzca. Existe también la posibilidad de que una acción buena o indiferente choque con una actitud maliciosa o inmadura; en este caso se habla de *scandalum pharisaicum* o *pusillorum*. En el derecho civil y eclesiástico existe la prohibición del escándalo en formas extremadamente peligrosas para el bien común.

J. Lindblom, *Skandalon. Eine lexikalisch-exegetische Untersuchung*, Upsala 1921; G. Stählin, *Skandalon*, Gütersloh 1930; W. Schöllgen, *Soziologie und Ethik des Ärgernisses*, Düsseldorf 1931; W. A. Berruex, *La notion de scandale dans le Nouveau Testament. Diss.*, Lausana 1953; A. Humbert, *Essai d'une théologie du scandale dans les Synoptiques*: *Bibl* 35 (1954) 1-28; R. Schnackenburg, *Vom Ärgernis des Kreuzes*: *GuL* 30 (1957) 90-95; B. Häring, *La ley de Cristo*, Barcelona 1963, 104-120; G. Stählin, *σκάνδαλον, σκανδαλίζω*: *ThW* VII (1964) 338-358; W. Molinski, *Escándalo*: *SM* II (1972) 643-653.

J. GNILKA